



Acabamos transformándonos en lo que odiamos

En 1992 el teólogo Walter Wink publicó el tercer libro de su trilogía sobre los Poderes y Principados, un análisis brillante del tema de la auto-ridad y la violencia en el Nuevo Testamento y en nuestra sociedad contemporánea. El título de uno de los capítulos —más o menos lo que figura como título del presente artículo— se me quedó grabado en la memoria e imaginación.

La teoría de Wink, que él sustenta con numerosos ejemplos de la anti-güedad así como especialmente de la historia del siglo XX, es que el odio no es neutral. El odio acapara nuestras energías y atención, haciéndonos prisioneros de aquello (o aquel) que odiamos, tan absolutamente como si nos tuviera encadenados. La carga emocional del odio acaba constitu-

yendo un vínculo indisoluble, una conexión con lo que odiamos, que no queremos sacrificar, porque abandonar esa conexión sería abandonar uno de los elementos esenciales de nuestra identidad. Así, el o lo odiado nos acaba definiendo, acaba siendo integrado a nuestra persona y empieza a definir —aunque negativamente— quién nosotros somos.

El siguiente paso se infiltra silenciosamente en nuestra persona, transformándonos por osmosis —por ese contacto tan directo, constante e intenso en la intimidad del corazón— en precisamente todo aquello que odiamos.

Estoy escribiendo esto el último día del año 2008. Las dos noticias que acaparan los titulares hoy (y que tal vez ya hayan pasado al olvido para

cuando esto se publique), son el coche bomba de ETA contra la televisión vasca y el bombardeo continuado de la franja de Gaza por los israelíes. Ambos son ejemplos inmejorables de hasta qué punto el odio del fascismo puede llevar a sus víctimas a reproducir la crudeza e insensibilidad de la violencia fascista.

Empecemos con el testimonio de un autor judío. Escribiendo sobre la *Intifada* (la resistencia no violenta de los palestinos) de hace dos décadas, Marc H. Ellis decía:

No es demasiado afirmar que este alzamiento plantea el futuro del judaísmo en términos duros e inevitables. La tragedia del Holocausto está grabada indeleblemente en nuestra conciencia. La teología contemporánea judía nos ayuda a entender nuestro sufrimiento: pero no reconoce que hoy día somos nosotros los poderosos. Sostiene en tensión el Holocausto y la necesidad de ejercer nosotros el poder. Por consiguiente, habla con elocuencia de las víctimas de Treblinka y Auschwitz, pero puede ignorar Sabra y Shatila [lugares de masacres en el Líbano, donde las fuerzas de ocupación israelíes se desentendieron]. Rinde homenaje al alzamiento del Gueto de Varsovia pero no tiene cabida para los alzamientos de los que viven en guetos al otro lado del poder israelí. Los teólogos judíos insisten que la tortura y el asesinato de los niños judíos sea lamentado y conmemorado en los rituales y en la fe de los judíos. Pero hasta ahora no han sido capaces de imaginar la posibilidad de que los judíos, en cambio, hemos tor-



Destrozos del coche bomba de ETA en la fachada de la sede de la televisión en Bilbao. Explosiones múltiples del bombardeo de Gaza, el último día de 2008.



También en este número:

Sé generoso	3
Ser padre a la mitad del camino	5
Por qué juegan el Halo...	6
El libro de Hebreos	8



turado y asesinado a niños palestinos. La teología del Holocausto narra la historia del pueblo judío en toda su belleza y sufrimiento. Pero es incapaz de comprender que la historia contemporánea del pueblo palestino está inseparablemente vinculada a la nuestra. Así, la teología que se enseña nos dice lo que fuimos pero es incapaz de explicarnos en qué nos hemos convertido.

A continuación de esta cita Wink trata de comprender —sin conseguirlo— la lógica retorcida del taxista israelí que exclamó: «¡Debemos apalear las cabezas de los palestinos! ¡Debemos apalearlos y apalearlos y apalearlos hasta que dejen de odiarnos!» [Walter Wink, *Engaging the Powers* (Augsburg Fortress, 1992), pp. 200-201.]

Los israelíes, odiando tan intensamente a Hitler, han acabado por crear un estado con una ideología racista de exclusión y privilegio, que se alimenta de sentimientos de supremacía y elección divina, donde la «verdad incómoda» de la presencia de otras personas en el territorio que reclaman como suyo se ve como un terrible error histórico que hay que remediar con los métodos que sea. Esto será sionismo, pero a lo que más se parece es al nazismo.

Nos transformamos en lo que odiamos.

La misma dinámica de imitación del enemigo odiado vienen a ejemplificar los palestinos. Los que más enérgicamente odian a los israelíes, manifiestan la misma incapacidad para imaginar una convivencia armonio-

sa con sus vecinos judíos que son tan seres humanos como ellos. Imitan así a la perfección todo aquello que odian.

Nos transformamos en lo que odiamos.

A mí me parece que un aspecto importante de esta tragedia es que para llegar hasta aquí, los israelíes han tenido que dar la espalda a lo más dilatado, con creces, de la historia judía. Han decidido inspirarse solamente en los dos períodos cuando fueron reinos «como todas las naciones», los períodos cuando no quisieron aceptar que por adorar a «un Dios diferente», estaban llamados a ser «un pueblo diferente».

Es verdad que gran parte del Antiguo Testamento narra los cuatro o cinco siglos de monarquía en Israel y Judá; pero lo hace para explicar cons-

La supervivencia de los judíos a pesar de nunca ostentar el poder y ser siempre víctima de persecuciones y malos tratos, es la evidencia histórica de que la enseñanza de Jesús no era disparatada, que la mansedumbre y confianza en Dios no es locura sino puro realismo acerca del poder de Dios para sostener a los que en él esperan.

Hamás dispara misiles desde centros urbanos atestados de población civil. Imposible saber si esto es por cobardía o por una estupidez insondable... o si acaso se trata de un intento cínico de manipular la opinión pública internacional cuando Israel se defiende. ¡Los militantes de Hamás también se transforman en lo que odian!

tantemente lo mal que estaban espiritualmente cuanto más prosperaban como nación que imitaba a todas las demás naciones. Luego, desde uno o dos siglos antes de Jesús y hasta la época del Nuevo Testamento, esa minoría de judíos que vivía en su antiguo territorio nacional aspiraron a volver a figurar entre las naciones independientes del mundo. Y lo consiguieron fugazmente con algunos de sus generales y reyes. Ese período de desafío al predominio griego y romano es hoy idolatrado por los israelíes, pero acabó en un rotundo desastre y las lecciones aprendidas formaron el alma y la esencia judía durante casi dos mil años.

Desde entonces la existencia de los judíos, que bajaban la cabeza y aguantaban como podían las crueles persecuciones de los «cristianos» confiando que Dios les daría descendencia a pesar de sus muchos enemigos, fueron lo más parecido a una encarnación histórica de los principios enseñados por el más grande de sus rabinos, Jesús de Nazaret. (Entre tanto, los mal llamados «cristianos» se dedicaban a encarnar los valores de los romanos que habían crucificado a Jesús.) La supervivencia de los judíos a pesar de nunca ostentar el poder y ser siempre víctima de persecuciones y malos tratos, es la evidencia histórica de que la enseñanza de Jesús no era disparatada, que la mansedumbre y confianza en Dios no es locura sino puro realismo acerca del poder de Dios para sostener a los que en él esperan.

El estado moderno de Israel parece haber vendido su primogenitura por un triste plato de lentejas. Desde la honda admiración que me suscita la resistencia milenaria de los judíos contra todo tipo de adversidad, esta situación presente de imitación de la maldad de los «cristianos» me parece amargamente trágica. ¡Lo peor que

nos ha podido pasar a la humanidad en nuestros tiempos, es que los judíos por fin se nos parezcan tanto a los «cristianos»!

Entre tanto aquí en España, puede que los vascos hayan tenido más motivos que otros pueblos para albergar sentimientos de odio contra Franco y contra la ideología fascista. Aunque habría que ver si eso es cierto o si tal vez sólo sea un mito nacido de la propaganda de ETA. Lo que está claro es que nadie en la sociedad contemporánea española se parece tanto ni imita tanto el fascismo franquista, como la propia ETA. Esto es algo que todo el mundo ve menos ese pequeño círculo de incondicionales que apoyan a ETA.

Nos transformamos en lo que odiamos.

He aquí un principio histórico que tiene un hondo contenido espiritual:

A todos nos han tratado mal alguna vez, nos han hecho sentir inferiores; han hecho correr mentiras y calumnias que nos han afectado. Quizá nos hayan hecho sufrir cosas que nadie nunca debería sufrir. Todos tendríamos motivos para odiar. Como la persona madura es capaz de ponerse en la piel de todos los inocentes que sufren, tenemos motivos para odiar incluso cuando no hayamos sido nosotros mismos las víctimas.

Un motivo de que es tan sabia la enseñanza de Jesús de perdonar y bendecir, es que de lo contrario, nos acabaremos transformando precisamente en eso que odiamos. Podemos acabar descalificando, despreciando y tratan-

do a otros exactamente como odiamos que nos hayan tratado a nosotros, igual que odiamos que se haya tratado a otros.

La próxima vez que te sientas llenar de «ira justiciera», de sentimientos de honda indignación contra alguien que ha cometido algún mal imperdonable, mírate al espejo. Y allí, ante los ojos de Dios que te está observando con absoluta imparcialidad y sin acepción de personas, pregúntate si no será que ya empiezas a parecerte a lo que odias o al que odias.

—D.B.

Continuamos con la serie de reflexiones sobre todo aquello que Dios nos ha dado y nos permite disfrutar dentro de una vida de abundancia.

Renunciar y disfrutar:

Sé generoso

por José Luis Suárez

Ser generoso es una actitud a la que tenemos miedo, porque sospechamos que al decidir hacer algo por otra persona, se nos pedirá ir más allá de lo que habíamos previsto. Pero también tememos ser generosos y no ser recompensados de la manera que habíamos previsto. Tengo la impresión que, sin ser conscientes, queremos controlar la generosidad como si pudiéramos dirigirla a nuestro gusto. Considero la generosidad como una revolución interior; y cuando una persona está dispuesta a ser generosa, debe saber que es arriesgado.

1. Las muchas formas de la generosidad

Todos podemos ser generosos, porque la generosidad que ofrecemos puede ser muy variada: podemos contribuir con nuestro tiempo o dinero, podemos hacer una donación de san-

gre, etc. Ser generoso es tomar conciencia de la pérdida de algo que es propio. Es algo que cuesta, porque vivimos apegados al sentido de la propiedad. Uno puede ser generoso con realidades materiales, pero también con cualidades espirituales al compartir con otros nuestras historias, sueños, deseos, fracasos... y todo ello puede ser de enriquecimiento para otros. En este preciso momento yo estoy siendo generoso al escribir esta serie de artículos compartiendo con muchas personas —que ni siquiera conozco— algo de lo que he aprendido y que intento vivir.

En la vida cotidiana tenemos muchas oportunidades de ser generosos: Ayudando a una persona mayor a cruzar un semáforo. Cediendo el paso a otro coche que está esperando que alguien le permita incorporarse a una vía. También es generoso



Plantar un nogal: Un acto de generosidad...



Generosidad, de la que otros disfrutarán en el futuro.

el médico que no sólo receta unas medicinas a una persona mayor, sino que le explica con detalle el problema que padece. Etcétera. Generosidad puede ser ofrecer atención, tiempo, talento, dinero, compasión y mucho más. Ser generoso significa dar más que lo que se debe.

La generosidad es una cualidad que todos poseemos y, por tanto, está al alcance de todos. En última instancia la generosidad es un acto que nos transforma. Cuando somos generosos podemos estar seguros que convertimos el mundo en que vivimos en un mundo más amable. Muy a menudo pensamos que la generosidad consiste en donar dinero para una buena causa, a la iglesia, a una ONG. Aunque esto es importante, vivir en la generosidad es mucho más. La generosidad implica mucho más que compartir bienes materiales. Puede ser empatía, compasión y capacidad de escucha. Cuando somos generosos, prestamos toda la atención del mundo a la persona que nos habla. Podemos regalar lo que sabemos hacer, como por ejemplo, enseñar un idioma. Regalar tiempo en el mundo actual en el que el tiempo es oro, es uno de los aspectos de la generosidad más valiosa que podemos ofrecer a los demás. Dar tiempo a otras personas es darle parte de nuestra vida. Dar tiempo puede significar romper nuestros planes, nuestras rutinas, nuestros esquemas de acción. La verdadera generosidad puede implicar muchas veces verdaderos sacrificios y significar un cambio radical en nuestra manera de percibir la vida.

Ser generosos con el perdón es po-

siblemente uno de los actos más hermosos de un ser humano. La parábola del siervo que no quiso perdonar, en Mateo 18, nos muestra la tragedia de aquél que ha recibido generosidad y no puede ofrecerla a su prójimo.

2. Razones de la generosidad

¿Por qué ser generoso? La respuesta es sencilla: Todo lo que tengo es el producto de la generosidad de Dios y de los demás. Siempre debemos tener en cuenta que cada vez que somos generosos, estamos reconociendo que lo que tenemos es el resultado de la generosidad de otros: de Dios, de nuestros padres y familiares, de nuestros amigos, etc.

La generosidad no depende del comportamiento del otro. No depende de que el otro haya hecho algo por nosotros ni de que se lo merezca. La generosidad es, por naturaleza, desinteresada. La generosidad no debe estar dictada por sentimientos de culpa, por una deuda, por el deseo de crear dependencia, por querer demostrar nuestra superioridad, etc. La generosidad es un don gratuito de libertad. Porque la generosidad por deber, por interés o con frialdad, deja de ser generosidad. Pero sea cual sea nuestra generosidad, el elemento principal es que debemos desarrollarla con todo nuestro ser.

La generosidad es un hábito que podemos adquirir. Es una manera de ser y no solo un acto puntual emocional. Cuando se vive desde la generosidad, es asombroso darse cuenta de la gran oportunidad que nos presenta la vida para amar de esta manera. Lo sorprendente cuando lo relacionamos

con el tema de «Renunciar y disfrutar» es descubrir cómo la generosidad nos saca de la rutina, nos da nuevas energías para vivir, nos permite experimentar que es dando que crecemos y maduramos, que es dando que nos sentimos plenamente realizados y felices y que es dando, en fin, que encarnamos la generosidad de Dios.

3. Para ir más lejos

1. Textos bíblicos

- Mateo 5:38-42
- Mateo 18:23-30
- Mateo 20:1-16
- Mateo 25:14-30
- Lucas 10:30-37

2. Preguntas desafiantes

¿Utilizo deliberadamente mis habilidades y dones para ayudar a los demás? ¿Cuando pierdo algo de valor, lo rompo o me lo roban, tardo en deshacerme emocionalmente de ello?

3. Imagina como serían tus relaciones...

- Si llevaras tus posesiones con las manos abiertas, dispuesto a liberarte de ellas cuando fuera necesario.
- Si cada día tomaras el tiempo para ser generoso con alguien.
- Si utilizaras tus habilidades en beneficio de los demás de forma creativa.
- Si encontraras placer en tener un espíritu de generosidad hacia los demás, sin importarte las circunstancias.
- Si te arriesgaras a dar el diez por ciento de tus ingresos —práctica del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento— como expresión de tu generosidad. Si no: ¿Crees que es una meta que podrías alcanzar?
- Si analizas tu conducta en cuanto al hecho de dar a los demás en el último año, ¿cómo describirías tu actitud?: ¿Egoísta? ¿Incoherente? ¿Moderado? ¿Generoso? ¿Estás satisfecho con tu grado de generosidad?

4. Valora la generosidad que has recibido a lo largo de tu vida

- ¿Puedes enumerar actos de generosidad de Dios hacia ti en este último año?

- ¿Puedes hacer una lista de actos generosos de otro hacia ti en este último año?
- ¿Puedes hacer una lista de habilidades que tienes? ¿Has utilizado estas habilidades como actos generosos hacia los demás?
- Haz una lista de actos de generosidad realizados en la última semana.

5. Una historia de generosidad

Tomás un hombre de ochenta años, estaba cavando en el jardín trasero de su casa. Un vecino, al verlo, lleno de curiosidad le preguntó:

—¿Qué estas haciendo Tomás?

—Voy a plantar un nogal —respondió al vecino.

—¿Esperas llegar a comer las nueces que dé ese árbol? —dijo con sorna el vecino.

—Probablemente no, fue su respuesta, pero toda mi vida he comido nueces de árboles que yo no planté. Y eso hubiera sido imposible si otras personas no hubieran hecho antes lo que yo estoy haciendo ahora. Sólo estoy pagando la deuda que tengo contraída con ellos.

Ser generoso es arriesgado —así empezaba este artículo— y, curiosidades de la vida, cuando estaba repasando lo que he escrito, me llama una amiga extranjera para comunicarme que para alquilar un piso deben pagar tres meses de fianza... y me pide si puedo hacerle un préstamo. Ser generoso, decía, es arriesgarse. (Con ayuda de otra persona lo hemos conseguido.)

Hay quienes poseen poco y lo dan todo. Estos son los que creen en la vida y en su generosidad; su cofre jamás se verá vacío (Khalil Gibran).

Continuará...

Ser padre a la mitad del camino

por Michael A. King

Era la quinta vez que hacíamos esto: compartir juntos —padre e hija— la ciudad de Denver. Los recuerdos de la chica más pequeña que me había acompañado desde aquel primer viaje cuando tenía 13 años, parecían tan presentes y reales como la mujer casada que se acercaba tan de prisa —para sorpresa casi alarmada de ambos— hacia los 30. Esta presencia de mi hija como muchas chicas y mujeres diferentes resultó ser una oportunidad para mí para ponderar el camino de ser padre.

Digo ponderar, desde luego, no conquistar. Como padre ahora por casi tres décadas, algo que puedo ver es que ser padre significa un conjunto siempre cambiante de retos y oportunidades, que no meramente habilidades que aprender a dominar de camino a obtener una titulación como padre de carrera. Ahora veo con mucha más claridad que cuando empecé, lo difícil que es adivinar lo que hay por delante.

Pero sí esperé estar aprendiendo algunas cosas mientras visitaba con aquellas cinco versiones de mi hija Kristy. Bueno, más que cinco, puesto que también podía recordar muchas otras versiones, empezando con la del bebé que se me cayó al suelo aquella mañana del día de Navidad —le esta-

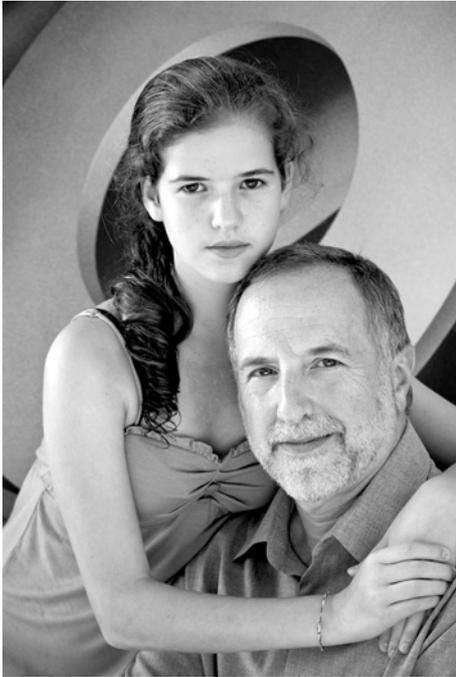
ba enseñado a rodar hasta caer en mis brazos, pero ella sólo dominó la parte de rodar; su madre no le vio ninguna gracia en absoluto—. Luego también estaba la pequeña que gateaba entre los papeles de mi mesa de trabajo (esto fue antes de la invención de los ordenadores); y la niña que organizaba las actuaciones de sus hermanitas, visionadas luego en vídeos caseros... vocación que culminó como directora de obras de teatro estudiantil en sus días universitarios.

Entre las cosas que aprendí están éstas:

Hay que dejar señales en el camino. No sabíamos cuando empezamos nuestras visitas a Denver, cómo esa acabaría sendo una de nuestras formas de señalar el camino. La primera vez que fuimos fue porque pensamos que le gustaría acompañarme, un editor de libros, a un congreso de librerías. Resultó tan interesante y divertido que lo hicimos una segunda vez. A la postre lo mezclamos con una tradición que surgió en nuestra familia, de realizar viajes especiales, padre e hija, en momentos importantes de las vidas de mis hijas. Kristy me pidió que la llevara otra vez a Denver para su «viaje de los 18». Expresó durante ese viaje que le gustaría volver para un «viaje de los 21». Ese año, el de los 21, se preguntaba si seguiría siendo posible hacer esto aunque algún día se casara. Seis años más tarde, eso hicimos. Y ¡cómo celebramos en ese quinto viaje los lugares y las memorias y las etapas de la vida señaladas por los primeros cuatro viajes!

Hay que entender que ser padre siempre se vivirá con intensidad. La cosa que más me ha sorprendido es que no disminuye la intensidad de ser padre cuando los hijos se hacen adultos. No sé, puede que esto cambie cuando mis hijas sean ya bastante mayores que ahora, pero hoy por hoy no veo nada que me indique que eso vaya a suceder. Mi corazón sigue desmayando o brincando, según el caso... a veces incluso con más intensidad que





cuando eran niñas.

Entonces la tarea era sencilla: conseguir que mis hijas llegaran sin traumas importantes a mujeres adultas. Después de eso, según me lo figuraba, los padres por fin se pueden permitir un descanso. En cierto sentido esto es verdad. Los pañales, las infecciones de oído, el cole y el instituto, la auto-escuela, el primer enamoramiento y el primer corazón destrozado... ¡prueba superada! Ahora toca acomodarse en una butaca y descansar.

Salvo que ahora son inquietudes como: ¿Se casará? ¿Con quién? ¿Cómo le irá? ¿Cómo hará para llevar sus estudios de doctorado, su trabajo, el matrimonio, la hipoteca —todo a la vez? ¿Qué tal está de salud? ¿Qué puedo hacer cuando le pasa algo que le duele una enormidad pero ya no puedo hacer lo que antes, llevarla a desayunar a una cafetería antes del instituto?

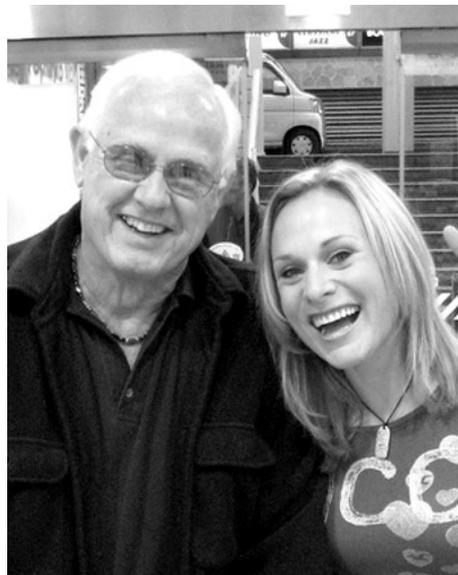
Valorar el don. Sí que conseguí celebrar con una frecuencia razonable, por muy padre imperfecto de cuatro hijas pequeñas que fui, el don que eran para mí mis hijas. Gracias a Dios que esto fue así, porque pasamos tan rápidamente de la pequeña que eligió a Misty de la camada de cachorritos, a la hija que se está doctorando en investigación ecológica. Pero podría haber más lugar para ver a nuestros hijos como la obra de arte que son una vez que se marchan de casa. Seguimos implicados, viéndonos a veces

a nosotros mismos —para bien y para mal— en el hijo que se nos ha hecho mayor. Sin embargo nuestra responsabilidad de cada día se ha disipado. Entonces, estar con un hijo que vive lejos de casa es toda una ocasión especial; ya no es una experiencia de rutina como preparar las tostadas para el desayuno.

Ahora en lugar de estar continuamente en ese cuadro que es la vida de nuestro hijo, tenemos que verlo desde fuera del marco, contemplarlo y amarlo. No porque sea perfecto. El arte que de verdad es arte, nunca es perfecto; las obras más importantes suelen tener todo tipo de imperfecciones —acaso hasta tragedias— así como el sol motea las hojas en el aire cristalino. Pero porque es lo que es: hijo nuestro a quien amamos y en quien (como lo expresó aquella Voz con respecto a su amado hijo Jesús) tenemos contentamiento.

Tomamos cada cual un avión en direcciones contrarias, Kristy y yo. Ella era perfectamente capaz de hacerlo, por supuesto. Pero como yo había organizado el viaje, mientras esperaba la confirmación de que ella había llegado sin problemas me sentí como si el tiempo no hubiera pasado en absoluto: Ella acababa de nacer, estaba otra vez en mis brazos y era mi responsabilidad ocuparme de que no le pasara nada. Esto es ser padre a la mitad del camino: tener en brazos al bebé mientras un avión se lleva a la mujer adulta.

—Traducido por D.B. con permiso para El Mensajero, de *The Mennonite*, 7/oct.2008, p. 30.



Por qué juegan el Halo los chicos menonitas

por Travis Duerksen,
estudiante, miembro de una iglesia menonita en Kansas

¿Cómo puedes tú, como menonita pacifista, justificar que juegas un juego tan violento como Halo? Esa fue la pregunta que me hicieron por teléfono una tarde que hasta ese momento venía siendo tranquila. Me quedé sin palabras, soltando la típica risita nerviosa: «Esto..., ya ves... Mira, es que...»

Halo para no iniciados. Después de que colgara de hablar con la directora de *With* (la revista de la juventud menonita norteamericana), sabía que iba a tener que escribir algún tipo de explicación o disculpa —no tenía muy claro cual— sobre cómo es que los chicos pacifistas menonitas nos explicamos jugar el Halo.

Seguramente lo que escribo no satisface a nadie.

En primer lugar, un poco de trasfondo. Halo salió al mercado en el 2001, para las consolas Xbox. A la postre también salió una versión para Windows. En Estados Unidos está designado con una M, para gente madura, parecido a la R en las películas cuando traen mucha «sangre y violencia».

El juego va de un súper soldado llamado Master Chief, cuya meta es detener una fuerza de alienígenas invasores, el Covenant, para que no destruyan a toda la raza humana.

Durante casi todo el juego te encuentras viéndolo todo desde la perspectiva de Master Chief. Si él tiene en las manos un arma, ves sus manos —como si fueran las tuyas— sosteniéndola, mientras apunta por la mirilla en el centro de la pantalla.

Se pretende que ganes depositando fragmentos de plomo —impulsados a una elevadísima velocidad— en los cuerpos y los habitáculos de tus enemigos hasta que esos fragmentos impidan el funcionamiento normal de



todos sus procesos biológicos fundamentales.

Hablando claro, disparas como loco hasta que mueren.

Esto viene a suponer un problema, puesto que estás en el frente de una guerra, encabezando el esfuerzo por destruir una raza alienígena que está queriendo hacer lo mismo contigo.

No apto para anabaptistas. Los menonitas vienen sosteniendo una postura de paz y no violencia cuando hay enfrentamientos bélicos en esta tierra, pero esa postura es imposible en Halo. No existe ningún foro para sentarte a negociar, declarar un alto el fuego, llegar a un mutuo entendimiento.

Matar alienígenas. En la modalidad de un solo jugador, matar a tus enemigos es la única forma de llegar hasta el final. Aunque es verdad que nunca tienes que disparar contra otros humanos, sí te encontrarás con una variedad de alienígenas, desde la mitad del tamaño humano hasta tres veces mayores, incluso criaturas tipo zombi... cada uno con mucha sangre de color intenso.

Esta modalidad de un solo jugador es bastante difícil de justificar para un menonita. No deberíamos justificarlo. Muchos intentan evadir la cuestión con frases como: «Sólo es un juego, ¿no?» y «¡Hombre, no es de verdad!» Pero yo no consigo justificarlo.

Admito que me encanta jugarlo y me doy cuenta que viéndolo desde fuera, a los menonitas que jugamos el Halo nos podrían tachar de hipócritas. Sospecho que en este caso la palabra está bien empleada. ¿Cómo podemos decir que odiamos la guerra cuando estamos pasándonos horas enteras en pleno combate digital? No es tan exagerado como declararse pacifista y luego alistarse para ir a la guerra en la primera oportunidad... pero no deja de ser una forma de hipocresía.

Un Halo menos violento. En la versión Multijugador, hasta 15 amigos pueden competir en varias modalida-

des diferentes. Las principales son Deathmatch, donde se ve quién consigue matar el mayor número de enemigos en un tiempo predeterminado; y Capture the Flag (capturar la bandera). El problema principal aquí es que en lugar de estar apuntando a enemigos controlados por el ordenador, estás acribillando un enemigo controlado por tu amigo sentado a tu lado.

Sin embargo a mí esto me parece una competición entre amigos, como lo podría ser un partido de fútbol o de baloncesto. Como esas competiciones deportivas, viene a ser una oportunidad donde lucir esas destrezas y habilidades de que tanto presumes. Al igual que esos deportes, quien no sabe cooperar en equipo, acaba perdiendo.

¿Importa?

El caso es que para casi todos los chicos, aquí no hay ningún dilema moral en absoluto; sencillamente no importa. Cuando hice una encuesta entre mis amigos mientras pensaba qué iba a poner en este artículo, todos tuvieron la misma reacción que la inicial mía: la risita nerviosa.

Muchos dijeron claramente o que jamás se les había ocurrido cuestionárselo o bien que es una cuestión sin ninguna importancia. Y les creo. Para nosotros, sencillamente carece de importancia.

¿Debería importarnos?

Yo al menos me doy cuenta que sí de verdad quiero pertenecer a la Iglesia Menonita y quiero vivir conforme a sus enseñanzas, me lo tendré que pensar un poco más, hablar con más gente. Y lo más importante, lo tendré que poner en oración.

¿Adónde me llevará esto? ¿Acabaré dejando de jugar el Halo? No lo sé. ¿Estaré planteándome, a partir de ahora, la influencia moral que puede ejercer sobre mí un juego que me divierte?

¡Ay, sí!

—Trad. con permiso por D.B., de The Mennite, 7/oct./2008, p. 18

Otro testimonio

Hasta cruzarme con este artículo, yo ni sabía que existía Halo. Pero hace años me enganché a jugar a Ages of Empire, como pasatiempo a ratos cuando me cansaba de trabajar. Ages of Empire tenía la virtud de que además de destruir y matar, uno podía construir edificios y «crear» personas, además de practicar la agricultura, pesca, minería e industria. Pero la única manera de no perder seguía siendo la de matar enemigos.

También tenía la particularidad de que había unos sacerdotes que en determinadas circunstancias podían «convertir» los enemigos en amigos, incluso «convertir» edificios.

Como el juego tenía formas de hacer trampas, una de las cuales era hacerse asquerosamente rico en oro, decidí ver si era posible ganar generando todo un ejército de sacerdotes no violentos, que se dedicasen a salir por ahí convirtiendo a todo el mundo. Descubrí que si no te importaba el «martirio» de números ingentes de sacerdotes y si habías configurado el juego con recursos prácticamente inacabables para ti (aunque no para los enemigos), sí se podía ganar sin matar. Para esto había que ser muy rápido para que cada guerrero convertido se quedara estacionario, sin pelear. ¡De lo contrario se ponía a matar a los enemigos (antes sus compañeros) como si tal cosa! Los guerreros que no peleaban, también morían «mártires», naturalmente.

Conseguida la victoria «no violenta», decidí que seguía sin satisfacerme moralmente. Al fin y al cabo, razoné que las «conversiones» obtenidas por la fuerza o por las riquezas, tenían muy poco que ver con mi idea de entregarse voluntariamente a Cristo, sin ningún tipo de presiones.

Desde luego, me interesaría saber cómo razonáis los chicos (y chicas) que os tiráis horas con juegos bélicos de consola u ordenador. Si alguien se atreve con ello, tal vez también se podría publicar aquí más adelante.

—D.B.

Los libros de la Biblia

Hebreos

Lo que ocupa al autor —o autora, el libro es anónimo— de Hebreos no tiene paralelo ni parecido en toda la Biblia. Es una comparación extensa entre la función del sacerdocio y de todo el ritual sacrificial del Antiguo Testamento, con la obra salvadora efectuada por la muerte de Jesús. Pablo ya había esbozado algunas ideas sobre los efectos universales de la cruz de Cristo. Al morir, Jesús se había identificado tan plenamente con toda la humanidad, que ahora nos podemos considerar «muertos y resucitados» —al menos muertos al pecado y vivificados para hacer buenas obras— siempre que nos identifiquemos con él. Esta idea guardaba cierta relación con algunos aspectos del ritual de sacrificios en el Templo, aunque Pablo nunca explicó detalladamente cómo ni en qué sentido.

Hoy día todo el mundo, al menos aquí en Occidente, sentiría repugnancia ante la idea de matar a otro ser vivo —aunque fuera sólo un animal— con el fin de limpiar las culpas del practicante de la religión. Y desde luego, si se tratara de asesinar a seres humanos, nadie dudaríamos de considerar que, más que borrar culpas, se estaría manifestando una criminalidad psicótica que es necesario reprimir con toda la dureza de la justicia. Decir esto es situarnos en escena al disponernos a leer un documento, Hebreos, que nos viene de una antigüedad muy remota, cuyas formas de entender la religión nos resultan poco menos que incomprensibles.

Sin embargo descubrimos rápidamente que a pesar de su temática tan chocante para el lector moderno, Hebreos es un libro de alabanzas y adoración, lleno de luminosidad, gratitud y gozo.

Empieza reconociendo las muchas y diferentes maneras que Dios, en su misericordia, ha hablado a los antepasados, todas ellas superadas por éste su postrer discurso: el de hablarnos mediante la aparición entre nosotros de Cristo. Nadie como Moisés en la antigüedad había hablado tan privile-

giadamente con Dios, como quien habla cara a cara con un amigo; pero Jesús es más que un amigo de Dios, es su Hijo. Las antiguas narraciones bíblicas son pura gracia de Dios y útiles para nuestra instrucción; sin embargo todo ello no es más que sombra que anuncia, imperfectamente, lo que ahora hemos visto al conocer a Jesús.

Cristo viene a ser un sacerdote de otra categoría, único e irrepetible como Melquisedec, rey de Salem, del que no se conocen ni antepasados ni descendientes. El sacrificio que Cristo presentó es tan completo y perfecto e infinito, que no tiene ningún sentido volver a matar animales para borrar culpas. Una vez que todas las culpas ya han sido borradas, matar animales es ahora sencillamente eso: matar animales. Es algo que se puede hacer para alimentarse, por qué no, pero que en absoluto tendrá ningún sentido ni ninguna virtud como religión o piedad o devoción espiritual.

Todo el ritual templario en Jerusalén, viene a decir Hebreos, no es más que una frágil y humana —por tanto siempre imperfecta— imitación del Templo que hay en el cielo, donde reside Cristo como sumo sacerdote perfecto del único ritual perfecto e infinito e irrepetible. Moisés, con el ritual de sacrificios que había instituido, había sido el instrumento divino para establecer un pacto entre Dios y los hebreos. Así también ahora Cristo es el mediador entre Dios y toda la humanidad. Establece así ahora una alianza eterna y perfecta entre Dios y nosotros. Destruída y aniquilada cualquiera barrera de enemistad o mutuo recelo entre Dios y la humanidad, podemos vivir como amigos de Dios, con la paz que viene de saber que Dios nos quiere como hijos.

El ritual sacrificial templario que estableció Moisés exigía derramamiento de sangre. Para lo que valga, viene a decir Hebreos, con este segundo y superior Moisés, con este único e irrepetible sumo sacerdote celestial, Cristo, también ha habido un derramamiento de sangre. Pero des-

cubrimos que ese derramamiento de sangre no fue religioso sino político. Jesús fue asesinado por las autoridades romanas con la complicidad de los líderes de su propio pueblo. No fue asesinado sobre un altar en ningún templo sino fuera de la ciudad, en el patíbulo de los reos condenados por el ejército de ocupación.

Hebreos no lo dice en tantas palabras, pero es como si Dios, al ver la inmensidad de la injusticia que se cometió contra Jesús, hubiera exclamado:

—¡Basta ya! ¡Ni una sola muerte más! ¡Libraos de una vez por todas de la idea de que a mí (Dios) la muerte de ningún ser me provoca placer y aplaca mis iras! ¡Que de ahora en adelante a nadie se le pase por la cabeza que matándose los hombres unos a otros, se puede conseguir ningún bien! ¡Basta ya! ¡Se acabó! ¡Nunca más!

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org